

ARTE • LETRAS • ESPECTACULOS

blecido, contra lo usual, contra el conformismo en sus múltiples facetas y en la búsqueda de la propia identidad. Cansados de tanta poesía anodina, vieja en su lenguaje y concepción, los poemas de «Fuentes de la constancia» están vivos, jóvenes, latentes. Quizá es que un poeta sólo tiene la edad de sus versos y no la de su partida de nacimiento. Juan Gil-Albert, no obstante, nació en Alcoy (Alicante), en 1906. Y ahora que desde Barcelona nos llega esta antología, esperemos que nos lleguen también algunos de sus olvidados libros, aunque corran unos tiempos, como decía Cervantes, «en que, en general, la poesía anda tan desfavorecida». ■ JOSE ESTEBAN.

Umbral: «Memorias de un niño de derechas»

Cuando en una sociedad se producen cambios importantes, aparecen, tarde o temprano, las explicaciones. La imagen que un grupo tiene de sí mismo es, por esa razón tal vez una retrospectiva, una reflexión liberada de riesgos inmediatos. Por eso la historia tiene siempre algo de ajuste de cuentas, que es un término poco juicioso y alarmante, pero inevitable. Las «Historias de España» —¿no es ya sospechoso que pueda haber varias historias de un mismo sujeto?— son un buen ejemplo sobre lo dicho, y muy particularmente las contemporáneas, entre las que merece especial atención ese género en boga, menester de cronistas recién libertos, que conocemos por el nombre estratégico de literatura o perspectiva *camp*.

Hemos dicho menester de cronistas, y el dato se nos antoja revelador. No tenemos más que compararlo. En Italia o en Francia, la revisión de un pasado discutido originó una contundente reacción realista que era en sí misma un alegato frente a determinadas formas de irracionalidad y, en última instancia, un vehículo que permitía apoyar sólidamente la función crítica. Entre nosotros, en cambio, la crítica de un pasado demasiado próximo, y como tal, superviviente, ha tendido que resguardarse con la excusa

formal del tono menor. Un intento de recuperación narrativa —ya se ha visto— o un intento de formulación teórica no parecen siquiera imaginables y, lo que es peor, ni siquiera parece vislumbrarse para ellos una posibilidad futura. Si lo ha sido, en cambio, un ensayo como el *camp*, condicionado por graves limitaciones metodológicas, al que se ha otorgado cierta impunidad al precio y condición de disfrazar el ejercicio crítico de broma familiar y nostálgica, de recuerdo amable.

La posguerra española, tema reiterado del *camp*, fue en última instancia un ensayo de sublimación chauvinista del desastre contemporáneo de la nación, y los niños de la época guardan en su retina esa imagen, amada y mortificante a un tiempo, en la que de alguna forma pueden aún contemplarse. El carácter purgativo, expiatorio, que enturbia por eso la nostalgia *camp* de aquellos niños de derechas o de izquierdas, no es, pues, un elemento retórico, sino un impulso en cierto modo fisiológico. Es lo que Carlos Moya, no hace mucho, caracterizaba como necesaria «purga de demonios»: higiene de la memoria, literaria y apropiadora purga del recuerdo, expiación de lejanas y relativas culpas.

Para Francisco Umbral, cronista nato y experimentado, la tarea, lógicamente, no tendría mayores dificultades. No hay más que asomarse a la prosa igualada y brillante con que están escritas estas «Memorias» para comprobarlo. El cronista se inclina sobre su mundo infantil y va dando precisas pinceladas, toques en apariencia arbitrarios, pero que él sabe disponer en un conjunto organizado donde cobran su pleno sentido. Hay quien nos ha aclarado que las «Memorias» de Umbral son las de un niño de derechas escritas desde la otra banda por un adulto converso; la aclaración parece superflua, no sólo porque la lectura del libro es, en este sentido, inequívoca, sino porque trata de situar la definición en un movido terreno sentimental en el que, en fin de cuentas, el adjetivo carece de mayor importancia. Lo de *derechas*, usado astutamente por Umbral en un título equívocamente agresivo, es más un comodín que un dato ideológico. Y ello, sin contar con que,

probablemente, a Umbral le trae bastante al fresco esto de las nociones. Hace poco reconocía con humor su declarada preferencia de «lo concreto frente a lo general, de la materia de la vida frente a la broma del idealismo...».

Las «Memorias» de Umbral recogen la vida madrileña —con alguna que otra incursión a la provincia— desde los días azarosos de la guerra hasta muy entrada la etapa actual. Sus cuadros van sorprendiendo la vida diaria con una fidelidad distante y un punto cínico que garantiza la pretendida neutralidad de los recuerdos. Pero no es sólo un libro de recuerdos lo que ha escrito Umbral, sino un ensayo de crítica diferida, un solapado diagnóstico del presente, que recuerda muchas veces el estilo arbitrario e incisivo, el periodismo puro sangre de un González Ruano e incluso de un Ramón Gómez de la Serna, en lo que tiene de oficio y arte independiente, aparentemente despreocupado y superficial, pero muy agarrado, en el fondo, a hondas preocupaciones. Debajo de la amable evocación o de la broma áspere se agazapa en la prosa de Umbral un secreto sentido crítico más de una vez resuelto en un tono que trasluce su disimulada intención moral. Ese es uno de los valores ocultos en estas «Memorias», aunque no resulte fácil descubrirlo bajo la apariencia festiva. Niño de derechas converso y equívoco, Umbral recupera valerosamente y purga con estupendo desenfado el peso de su memoria juvenil. Y lo hace, por cierto, con un vigor expresivo que confirma su ya indudable talento como prosista independiente, como escritor poco común. ■ J. A. G. M.

Neira Vilas, en Galicia

Desde hace unos días está en Galicia, «mergullado» (sumergido) en su tierra, en su fronda, en sus vientos y en sus voces, el narrador José Neira Vilas. Llevaba veintitrés años fuera: de 1949 a 1961, en La Argentina, y de 1961 a hoy, en Cuba. Ahora vuelve al país natal en una peregrinación de sólo treinta días, dispuesto a percibir su actual lado.

En un escritor como Neira Vilas —un escritor que, pese al largo destierro lingüístico, ha mantenido en su espíritu y en su obra uno de los gallegos más ricos, jugosos y auténticos de nuestra historia literaria—, este encuentro con las gentes y su lengua tendrá que ser una experiencia deslumbrante y no exenta de mística. Para Neira Vilas, en los últimos doce años el gallego se ha reducido a la lectura de unas docenas de libros, unas cuantas cartas al mes y algunos parrafeos con su mujer, la escritora y pedagoga cubana Anisia Miranda. Gracias a la gallegofonía de Anisia, Neira no ha perdido contacto totalmente con la dimensión oral de la lengua gallega. Sépase que Anisia es algo más que el contrapunto estimulante de su

Pero, ¿quién es el escritor Neira Vilas?

UN AUTOR Y UN LIBRO

Los dos narradores gallegos más leídos de hoy son Alvaro Cunqueiro y José Neira Vilas. De los dos, el que provoca más adhesiones ético-estéticas es Neira Vilas. Nació este gran contador de historias en 1928, en una aldea pontevedresa, hizo —con pocas facilidades— estudios medios y emigró a Buenos Aires en 1949. Lleva veintitrés años en la diáspora, y desde ella ha escrito algunas de las narraciones más entrañables de nuestro idioma.

En muchas de sus historias aparecen el campo y su infancia, todo ello evocado a diez mil kilómetros de distancia y desde una lejanía



José Neira Vilas con su esposa, Anisia.

compañero: es también autora de hermosos cuentos infantiles en gallego, incorporados a nuestra narrativa en el momento en que lo hacía María Victoria Moreno, otra gran sensibilidad extragallega.

En estos días, Anisia Miranda y Neira Vilas están en tierras de Lalín, en la aldea de Gres, ambos ante la maravilla de una comunidad en la cual el idioma gallego es vida real y no recuerdo libresco. Sabido es que Juan Ramón Jiménez añoraba día y noche, allá en su destierro de Puerto Rico, el acento y la matizada figura que las palabras castellanas tenían en tierras de España. ¿Os imagináis las desazones de un Neira Vilas? En estos instantes, nuestro escritor asiste a la extraordinaria aventura de registrar los sonos, los guiños, las sordinas y los dramáticos mensajes que las palabras ostentan cuando son observadas en su escenario vital.

biográfica de dos o tres décadas. Autor de ocho volúmenes en prosa y de dos en verso, su libro más solicitado, más querido por el lector, es el primero, «Memorias dun neno labrego», impreso en 1961. Tal libro pasó entonces sin pena ni gloria. Provocó unos cuantos comentarios de oficio y poco más. Como, por otra parte, el libro fue editado en la Argentina, el lector gallego no tuvo muy fácil acceso a él. Cuando siete años después lo reimprime Edición do Castro, muy pocos sospechaban el éxito que esperaba al libro. Desde mayo de 1968 a hoy han aparecido cuatro ediciones, cifra jamás alcanzada en tan poco tiempo por un relato extenso escrito en lengua gallega.

UN NIÑO CAMPESINO CON CONCIENCIA DE CLASE

Balbino, un niño aldeano, decide, en cierto momento